

El trabajo: un tabú en extinción

El desempleo y subempleo en Bolivia, Latinoamérica y el mundo se agigantan; los desocupados –aspirantes y cesantes– se multiplican; y la estadística los mide. Los gobiernos prometen combatir ambos males y los organismos internacionales diseñan planes, programas y proyectos para, al menos en teoría, reducirlos. Sin embargo, la realidad muestra que el trabajo “ya no existe”, sobre todo para los jóvenes.



Saíd Villavicencio Jaldín

Los vertiginosos cambios económicos, sociales y políticos que estremecen al mundo, sobre todo desde la década finisecular del siglo XX, constituyen el escenario global sobre el cual la escritora gala Viviane Forrester inició su investigación de la realidad contemporánea y que –en 1996– maduró en un libro *El horror económico* que tuvo el mérito de romper la quietud al mundo intelectual.

La onda expansiva de su contenido –a escasos meses de haber asomado la obra al mercado– explica *per se* el que haya sido traducida a 25 lenguas y rebasara toda previsión de ventas (más de un millón de ejemplares en el mundo y 350 mil sólo en Francia). Este fenómeno, como es lógico suponer, revolucionó la vida de su autora, quien –a lo largo de un año–

entabló un debate que se prolongó por más de medio centenar de ciudades francesas, lo cual despertó suspicacia y preocupación en los círculos de poder económico y político de su país, además de los cenáculos de intelectuales.

Cuadro general

La lectura del escenario actual, bajo la lupa de Forrester, conduce a la conclusión de que vivimos atrapados en un mundo de falacia: un mundo, ya extinto, pero que nos empeñamos en no reconocer su muerte y, por el contrario, se lo pretende perpetuar insuflándole oxígeno a través de políticas artificiales. ¿Las consecuencias? millones de seres destruidos y condenados a desaparecer por este anacronismo debido a estrategias ciegas y obcecadas que buscan mantener con vida, hasta la eternidad, uno de los tabúes más sagrados de los hombres: el trabajo, hoy

en etapa de extinción.

La obra sitúa al lector en el vórtice de una polémica que palpita en medio del espacio público actual y que exige ser analizada y debatida por la sociedad en su conjunto, pues el desempleo, la marginación, la inicua distribución del ingreso... en síntesis todas las crecientes desigualdades económicas, sociales y culturales, son problemas que afectan a todos quienes habitamos este hogar común: la Tierra.

Víctimas laborales

Desde que William Petty expresara que el trabajo es el padre de la riqueza y la tierra su madre, ya pasaron más de tres siglos y se acumularon sinnúmero de fortunas. Sin embargo, en la actualidad el factor trabajo –único creador de valor– enfrenta nuevos desafíos en medio de vertiginosos cambios y crisis económica, cada vez más profunda, que castiga con mayor virulencia, a los países con menor desarrollo económico relativo, como Bolivia que, por un lado, soportan la imposición de medidas ultraliberales que decantan los países ricos y, por el otro, chocan con las barreras de protección que levantan éstos en derredor de sus mercados.

Al ver este panorama, la autora afirma que las concepciones del trabajo y, de forma implícita, del desempleo (que sirven de basamento para el diseño de la política) se tornaron ilusorias, y las luchas –motivadas por ellas– alucinaciones semejantes a las Don Quijote con sus molinos de vientos. Con lenguaje inclusivo nos formulamos preguntas químéricas cuando la única respuesta “es el desastre de las vidas desbastadas por el silencio y de las cuales nadie recuerda que cada una representa un destino”, escribe.

Se habla hasta la saciedad del “desempleo”, despojándolo de su sentido y haciendo de él lo que el manejo de las estadísticas lo permiten, pues todo es cálculo y no tiene la menor importancia modificar la suerte de los cuerpos y las almas cuyo rostro universal desaparece con un guarismo frío bajo las cifras de las estadísticas, es su idea central al respecto.

Los números del silencio

Sin embargo, mientras millones de hombres y mujeres caen adormecidos ante la distracción de tener derecho al trabajo –por un tiempo– lo único seguro es que sólo pueden aspirar a la angustia de la estabilidad o al más vergonzoso de los sentimientos: la vergüenza. Porque se fomenta la cultura de creer en los designios

metafísicos del destino, cuando en realidad los hombres son sólo cifras que alimentan las estadísticas. Esta preocupación de Forrester, hizo escribir a Eduardo Galeano en *Patatas arriba–la escuela del mundo al revés*, que el mundo actual vive el tiempo del miedo, pues “los que trabajan tienen miedo de perder el trabajo. Los que no trabajan tienen miedo de no encontrar nunca ese trabajo”.

Otro fenómeno que subraya esta escritora es que, en la actualidad, se trata y juzga a los desocupados, de acuerdo a criterios propios de los tiempos en los cuales abundaban fuentes de trabajo. Así, se culpa a los despojados de empleo de su desocupación y, peor aún, se los engaña con promesas y anuncios de próximos tiempos de bonanza, frente a la coyuntura adversa del presente. “Se los juzga con la mirada de quienes los juzgan”, asevera.

La consecuencia de este hecho –advierte Forrester– no es nada inocente, pues al inculcárseles vergüenza se los encamina a la sumisión plena, pues nada debilita, ni paraliza tanto, como este sentimiento indigno. La vergüenza altera hasta lo más profundo del individuo, agota sus energías, convierte a sus víctimas en presas de otro, lo que explica el interés del poder en recurrir a ella e imponerla. Más todavía, permite imponer la ley sin oposición y –de ser necesario– violarla sin el temor a la protesta, porque paraliza toda resistencia y, por lo tanto, enfrentar la situación que permitiría exigir un ajuste de cuentas político con el presente.

Causas de la tragedia

De acuerdo a Forrester, la economía de mercado y las redes económicas privadas transnacionales son los poderes reales que dominan, cada vez más, a los poderes del Estado, y los verdaderos causantes de la tragedia de la sociedad. Así, estos poderes ocultos, lejos de ser controlados por el Estado, lo controlan. Este fenómeno –llevado al plano global– configura, en los hechos, una especie de nación sin territorio ni instituciones de gobierno, pero que, literalmente, ordena el quehacer de las instituciones en diversos países a través de sus brazos operativos. Éstos, con frecuencia, son importantes organizaciones como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

La afirmación de Forrester toma cuerpo, sólo con leer el siguiente párrafo escrito por Greg Palast –periodista que escribió para *El Observador* de Londres (10/X/2001)– que “hay una Estrategia de asistencia para cada nación pobre, diseñada,

dice el Banco Mundial, después de una cuidadosa investigación interna del país. Sin embargo, según Stiglitz (Premio Nobel de Economía 2001), las ‘investigaciones’ de los empleados del Banco, consisten en cuidadosas inspecciones a los hoteles de cinco estrellas de la nación. Concluyen con un encuentro entre estos empleados del Banco y algún mendigante y quebrado ministro de economía a quien le entregan un ‘acuerdo de reestructuración’, preparado de antemano para su firma ‘voluntaria’”.

Los jóvenes viejos

Al hablar de los jóvenes expresa “el joven, una energía siempre constantemente despreciada, castrada, con un cuerpo al cual debe alimentar, abrigar, cuidar, dar vida y que le pesa dolorosamente. Adolescentes de mirada vieja que la miseria pone incluso en las caras de los jóvenes y hasta de los lactantes. Caras de bebés de otros continentes, de tiempos de hambre, bebés con cara de viejo o de Auschwitz, acunados en las privaciones, el sufrimiento, la agonía brusca, y que parecen haber aprendido de un solo golpe toda nuestra historia. Miradas insostenibles porque sucede que en ellas sobrevive alguna esperanza”.

El mundo actual es un mercado errático –afirma, con plena convicción– un mercado del cual dependen ellos y sus vidas, pero que no depende más de ellos. “Jóvenes que ya no se los contrata y no se los contratará más... Jóvenes que la vida los maltrata y que aún sin experiencia, ya saben que hay algo peor que la explotación del hombre por el hombre: la ausencia de explotación”. Sin duda, *El horror económico* es una obra que merece ser leída ■

